Día 3

SALMO 65

«¡Dichoso aquel a quien tú escoges, al que atraes a ti para que viva en tus atrios! Saciémonos de los bienes de tu casa, de los dones de tu santo templo»
(Sal. 65:4).

Este es un salmo sobre el Dios de la naturaleza, un Dios poderoso que controla todo, un Dios lleno de gracia y fuente de toda cosecha, tanto física como espiritual. Su grandeza y santidad es tal que quedamos sin palabras delante de Él. Si no fuera por Su bondad al perdonarnos, no podríamos presentarnos delante de Él. Él es el Dios de Sion que escucha las oraciones de todos los rectos de corazón. Su pueblo es toda persona que se humilla delante de Él, que pide perdón y se entrega a Él; entonces somos saciados con el bien de Su casa, Su santo templo. Y todo el que se entrega a Él, de todos los confines de la tierra, puede confiar en Él y maravillarse de sus obras. Él no hace acepción de personas (Rom, 2:11), para que gente de toda lengua y tribu puedan rendirle la gloria que merece (Apoc. 7:9).

«Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos» (Sal. 19:1). Sin embargo, cuando Él nos perdona y se convierte en nuestro Salvador, no solamente la tierra demuestra Su gloria, ¡sino Su pueblo también le da gloria! Da gloria a *El Shaddai*, quien controla el rugido del mar (Mar. 4:35-41), quien creó los montes (Juan 1:3), quien tranquiliza el tumulto de los pueblos y trae paz a aquellos que ha salvado (Fil. 4:7). Él provee todas nuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús, nuestro Salvador (Fil 4:19). ¡No solamente es el Dios de poder, sino el Dios de gracia y bondad! A pesar de nuestra maldad, Él nos provee y nos protege. Él pagó la deuda que era imposible que pagáramos; ¡ha comprado nuestra eternidad! Compró nuestra paz eterna y, por ende, hemos recibido Su bondad mientras caminamos aquí. Él manda la lluvia sobre los justos y los injustos (Mat. 5:45), sin embargo, a sus justos, aquellos que somos cu-

biertos por Su sangre, trae paz, la paz que sobrepasa todo entendimiento y que guarda nuestros corazones y nuestras mentes en Cristo Jesús (Fil. 4:7).

Su bondad va más allá de lo que podemos entender (Ef. 3:20); convierte a enemigos en hijos (Rom. 5:10). ¡Oh, que comprendamos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que seamos llenos hasta la medida de toda Su plenitud (Ef. 3:18-19)! Ahora es el tiempo de confiar en el Dios de toda bondad, el Dios que nos ha revelado Su amor, el Dios que nos llama a darle toda la gloria como Su naturaleza lo hace. ¡Canta con voces de júbilo con Su naturaleza!